

De la pana al tergal, pasando por el mahón

por F. GURRUCHAGA



De la Encíclica «Pacem in terris» de S. S. el Papa Juan XXIII:

”Todo ser humano tiene el derecho natural al debido respeto a su persona, a la buena reputación, a la libertad para buscar la verdad y, dentro de los límites del orden moral y del bien común, para manifestar y defender sus ideas...”

”Todo hombre tiene derecho a la libertad de movimiento y de residencia dentro de la comunidad política de la que es ciudadano...”

Refiriéndose a las minorías étnicas: ”... pues contribuye no poco a su perfeccionamiento humano, el contacto permanente con una cultura diversa de la suya, cuyos valores propios podían ir poco a poco asimilando. Pero esto mismo se obtendrá únicamente, cuando quienes pertenecen a las minorías procuren participar amigablemente en los usos y tradiciones del pueblo que los circunda, y no cuando, por el contrario, fomenten los mutuos roces...”

—Manolo, te voy a hablar con sinceridad, con brutal sinceridad y deseo que me correspondas de la misma manera. Dime, ¿eres feliz en Rentería?

Veo, bajo mi pregunta tan directa, temblar a Manolo de un escalofrío irreprimible. Por las abiertas ventanas de sus ojos atisbo sin dificultad hasta lo profundo de su ser, mientras se va nublando su clara mirada al pensar en la respuesta que va a darme. Luego, triste, sombrío, apesadumbrado, me contesta lenta, muy lentamente:

—No. No lo soy.

Temía su respuesta. La he presentido desde siempre, desde que éramos niños. Pero nunca me atreví a formulársela. Si lo hago ahora es porque esta vez estoy decidido a afrontar las consecuencias. Esta vez he hecho examen de conciencia; conozco mis faltas y las de los míos, y no sólo tengo palabras de hermano, sino que las apoyaré con obras de hermano.

No necesito que Manolo me cuente su historia puesto que la conozco bien. Sin embargo, le pido que lo haga para ver cómo la interpreta, cómo se ve y cómo nos ve.

—Llegué de pequeño a Rentería —dice— junto con mis hermanos. Mis padres no eran nada. Apenas los típicos «caliqueños», como con desprecio nos llamabais, clasificándonos así en una escala social que nos viene costando muchas lágrimas calladas y amargas.

—Sé que éramos mal educados y para nuestra edad bastante maliciosos; con malicias aprendidas espiando bajo los carros de nuestro pueblo o entre los trigos. Conocíamos cosas de la vida que nos enseñó la dura escuela de dormir toda la familia en una habitación; cosas, que ni nosotros mismos sabíamos la dura huella con que nos marcaban. Viajamos desde muy lejos, dejando abuelos y recuerdos, impulsados por el único móvil de ganar dinero; y éste fue, en efecto, nuestro gran objetivo. Sentíamos avidez por todas vuestras cosas; nos gustaba no sólo verlas, sino tocarlas y más que todo ¡usarlas!

—Los tres hermanos éramos muy diferentes; yo ahorraaba como una hormiga ciega, y avergonzado de no sé exactamente qué, era algo instintivo, me apartaba de vosotros para observaros de lejos; mi hermano, en cambio, procuraba a toda costa mezclarse con cualquiera que tuviese algo de lo que apetecía; mi hermana era muy seria y, aunque la más pequeña, estaba siempre triste, como percatándose del todo de su clasificación social y no osando cambiar de casillero.

—Durante muchos años, la pana que trajimos del pueblo fue la única tela que conocimos. Era como nuestra piel. La heredé de mi padre y luego pasó a mi hermano. Mis padres y yo estábamos como predispuestos a trabajar. No nos importaba hacerlo las veinticuatro horas de cada día. Nos interesaba obedecer todo con sumisión, quizá hasta con servilismo. Si éramos orgullosos, nuestro orgullo yacía enterrado desde hacía siglos bajo el polvo de nuestra seca y misera tierra.

—Como yo era el mayor de los hermanos fui el primero que trabajé en una fábrica. Y este primer empleo me deparó mi mejor traje: un estupendo buzo azul que tuvo para mí un hondo significado: con él me sentí como con un disfraz. El buzo me dio emociones difíciles de comprender por vosotros. Cuando me corté el pelo como vosotros, con mi buzo, me sentía transportado de categoría, y así experimenté unos goces secretos de algo furtivo y que me estaba vedado al mezclarme entre otros «de aquí». Lo doloroso es que no podía hablar, ya que mi acento me traicionó durante muchos años. Me daba cuenta entonces, de que me separaba una distancia enorme de vosotros. Cada vez que disfrazado con mi buzo y en silencio, me mezclaba entre vuestros grupos, veía que una frontera más fuerte de lo que podía imaginar nos apartaba infranqueable. Mi intuición me decía que consistía en la cultura. Pero me llevé un gran desencanto cuando comprendí que la cultura no se adquiere sólo yendo a la escuela; que la cultura que nos separaba era una herencia secular, y que esta herencia vuestra era muy diferente a la nuestra. Pero aun sabiendo que el camino había de ser largo y duro, no me resigné a quedarme donde estaba y lo emprendí, aun a costa de saber lo que mis pies sangrarían al recorrerlo.

—Como luego averigüé, mi cultura era esencialmente agrícola; pero de agricultor pobre e inculto. Más que conocimientos, nos habían enseñado ignorancia, transmitida, eso sí, de padres a hijos. Para nosotros, el clima y el campo eran los dos factores esenciales a los que nuestra vida estaba unida.

Por esto, mi alma no cantó el canto de la herramienta hasta hace muy poco. Un día, sin darme cuenta entonces, vibramos juntos, y cuando más tarde lo descubrí, el descubrimiento me produjo una rara emoción. Contemplé embelesado en mi mano la hasta entonces dura llave inglesa, y a partir de aquel momento la apreté con calor cada mañana. Empecé entonces a darme cuenta de que hacía ya mucho tiempo que no me preocupaba del clima como lo hiciera antaño, que apenas me acordaba de mi tierra ni de los que quedaron, y también descubrí que me molestaban los recién llegados al pueblo, a los que, si bien nunca pronuncié la palabra, en mi fuero interno llamaba «caliqueños».

—Sin embargo, me encontraba entre dos aguas. Entonces y ahora no era, ni soy, de ellos ni vuestro. Vuestro coto sigue cerrado y no sé como entrar; aunque ahora, después de haberlo deseado con toda mi alma, no sé si de veras me sigue interesando o me es indiferente. Como puedes ver, he aprendido a vestir como vosotros. Mi patrón me aprecia. Soy más trabajador que la mayoría de mis compañeros, y en el trabajo sigo conservando un incontenible deseo de subir. Lo que de veras me apena es que no me considero renteriano. Me gusta que lleguen las «Magdalenas», pero no me emociona el «Cenariño». Lo quiera o no, no soy vasco ni intento serlo. Me hice de «los luises» porque había allí gentes que me interesaba observar e imitar. Si he de ser sincero, diré que esto me hizo mucho bien y me proporcionó momentos de gran afinidad con vosotros. Cuando comulgábamos y nuestro extraordinario párroco —vosotros no empezasteis a comprenderlo hasta hace muy poco, cuando empezé ya a ser viejo...; pero ya te hablaré de esto en otra ocasión para decirte lo mucho que Rentería le debe— nos hacía cantar juntos, he sentido una emoción intensa que se rompía cuando cantabais en vasco; entonces era como si me quedara mudo y sordo perdido en otro mundo. Más tarde, aprendí vuestras

canciones, aunque apenas las entiendo, pero me gustan y me emocionan; sin embargo, a veces, todavía hay quien se molesta cuando las canto, o se rien y esto me duele mucho.

—Decididamente, no puedo entrar en vuestro coto.

—Manolo, ¿amas a Rentería?

—¿Por qué me haces estas preguntas? Sé que vas a publicar mis respuestas y me resulta doblemente embarazoso el contestarte.

—Pues sí, lo comprendo. Pero te aseguro que a todos nos ha de hacer bien el conocerlos por dentro. Te prometo que si eres sincero, tu sinceridad será como un fino rayo de sol que rasgará limpio las frías paredes que tanto nos separan. Sé veraz, sin miedo alguno, y respóndeme con el corazón.

—Pues bien, no, no amo a Rentería. Nunca diré como vosotros que es mi choko. Pero me apuro a decirte que no la odio. Me es indiferente. Ahora mismo me iría a trabajar a cualquiera otra parte, sin sentirlo apenas. Pero dime, y perdona que pase yo a interrogarte: ¿Por qué te importa que ame o no a este pueblo? Deseo que me lo expliques para poder entenderte, pues no veo claro qué es lo que persigues.

—Mira, Manolo, es y no es difícil el explicarlo. Pero lo intentaré puesto que es muy importante que lo comprendas: Considera Rentería como un gran vaso de vino —y no sonrías con malicia, puesto que mi intención no es hacer un símil intencionado— lleno hasta la mitad de una clase más o menos buena, pero todo el vino de una sola clase. Es un vaso, como digo, a medio llenar y destinado a ir recibiendo día tras día muchas gotas de vinos diferentes. Este vino tiene su color, su aroma, su sabor, su grado, sus propiedades y sus defectos; no es ni mejor ni peor que los demás —si así lo quieres— pero, fíjate bien, es un vino típico y diferente a todos los demás, y en ninguna otra parte del mundo hay otro igual. Un día, las gotas comienzan a alluir al gran vaso; son pocas y apenas hacen variar la mezcla y no hay catador que lo distinga. Pero, poco a poco, las gotas van llegando más intensamente y a chorritos y llega un momento en que el vaso ha doblado su contenido. El vino resultante ya no es Rentería; mejor dicho, ya no es lo que fue, sino un vino nuevo.

—Lo que pretendo, Manolo, es que el resultado final conserve todas las calidades del vino típico y que las aporte a la mezcla, para que ésta, aun no pudiendo nunca más llegar a ser lo que fue, salga ganando con el cambio, que por otra parte es irreversible. Para ello, la mezcla, cuando menos, ha de ser vino. Y lo que empiezo a ver en Rentería es algo de vino disociado con agua, alcohol, colorantes y hasta algunas gotas de vinagre. Esta mezcla no puede beberse.

—Y ¿qué se puede hacer?— me pregunta un tanto pensativo.

—Pues la respuesta es muy difícil. Pero te daré mi opinión, siguiendo con el símil.

—Es obvio que se debe hacer la mezcla. Para ello habrá que arrojar fuera los cuerpos extraños. Esto precisa de un difícil análisis muy meticuloso y es en verdad lo más delicado. Por nuestra parte requiere continuos exámenes de conciencia, tanto individuales como colectivos. Pero, una vez eliminados los cuerpos extraños, los demás se mezclarán poco a poco sin sentirlo. Ahora bien, como son las gotas las que han venido a la copa, son ellas las que deben buscar su acomodo en el lugar que les corresponda. Lo que quiere decir que la gota de agua ha de ir

al agua que había en el vino de la copa, y la de alcohol al alcohol. Y aquí termina el símil, pues no quiero que interpretes mal esto último. Para ello te añadiré que, una vez en su sitio, nadie debe impedir a nadie que intente ascender y si llegó de tercera y sirve, llegará a primera, y grave pecado será el impedirlo. Por ahora, lo más positivo, es que todos nos demos cuenta del problema.

—Te entiendo perfectamente. Y te diré que yo, instintivamente, hice algo de esto. Me di cuenta de que mi aspecto os resultaba desagradable y traté de cambiarlo a vuestro estilo. Esto fue lo primero que hice y te juro que me dio un resultado inmejorable. Mi madre me cortaba el pelo en casa y lo hacía cada mucho tiempo. Me costó muchísimo reunir un duro para la peluquería; más me costó el gastarlo, pues di marcha atrás varias veces en la misma puerta, pero lo hice. El buzo me solucionó el problema de la ropa los días de labor. Te aseguro que cuando lo estrené me sentí más elegante que el día de mi primera comunión allá en el pueblo. Luego vino mi entrada en «los luises», años más tarde me hice socio del Touring y fue en Larzabal donde nadie me molestó por gritar. Sin embargo, es en el trasfondo donde no he progresado gran cosa. Si te he de ser sincero, ahora me avergüenzan mis padres. Sé que esto es horrible, pero cada vez que pienso en ello veo que es cierto, aunque trato a puñetazos de apartar esta idea repugnante. Quisiera casarme y aún no me atrevo a acercarme a nadie. No me gustan las chicas de aquí más que las de allí, pero en mi fuero interno veo que me apetecería casarme con una de aquí. Es como si así mis hijos fueran a tener una herencia distinta y yo un título de nobleza que ahora no poseo. Pero no me atrevo a acercarme a ninguna, pues me pesa mi raza, me pesan mis padres y hasta a veces me cuesta contener algún giro de mi tierra. Nunca me gusta decir de dónde soy, pues me da vergüenza la gracia que os hace. Fatalmente sé que me casaré con una de mi tierra y por ello verás, que en lo que a mí respecta, la mezcla a que aspiras tardará en decantar. Pienso que, en realidad, serán mis hijos los que empiecen a dar el punto que buscas, cuando desde pequeños corran junto con los tuyos por nuestra calle de Viteri y vean llover la misma lluvia y se bañen en el mismo río, bajo un mismo sol y en unas aguas idénticas.

—Pero vosotros podéis ayudarnos y hasta me atrevo a decir que debéis hacerlo. Por lo que a nosotros respecta, te prometo que nos cortaremos el pelo y vestiremos como vosotros lo haréis; que iremos, si es preciso, a las clases de adultos y que miraremos con respeto e interés vuestras costumbres a las que terminaremos queriendo. Si volvemos a nuestra tierra o cuando hablemos con forasteros, defenderemos como nuestro el nombre de Rentería; sentiremos los problemas del pueblo y estaremos dispuestos a poner lo mejor de nosotros en resolverlos. No puedo prometerte que no os dejemos, de improviso, por mejores salarios en cualquier otra tierra; pero sí te aseguro que si nos tendéis la mano en la calle —¿has pensado que nunca nos dais la mano?— en casa, en el taller y en la iglesia incluso; si nos permitís ir entrando poco a poco en vuestro coto, estaremos dispuestos a oídos; y si partimos, lo haremos con pesadumbre y os guardaremos en nuestro corazón. Si nos quedamos, nuestros hijos obrarán el resto, y nuestros nietos nos harán sentirnos tan renterianos como cualquiera de vosotros. No veo razón alguna para que el vino de la tercera cosecha sea peor que el que tanto te gustaba.

—Yo tampoco, Manolo. Ahí va mi mano.